

de un insulto audaz que era menester lapidar con la intervención de las autoridades. ¿Cómo dejar en el silencio aquella invectiva audaz que iba dirigida contra “una religión dominante que nadie se hubiera atrevido a atacar hasta entonces a cara descubierta,—según escribe don Zorobabel Rodríguez,—una ley que castigaba la heregía como un delito gravísimo y una sociedad cuyos sentimientos estaban en el más perfecto acuerdo con las prescripciones legales” (1), y que formaba la unidad de su sociabilidad arbitraria? Ardiente y convencido de sus ideales revolucionarios, hijo espiritual de Rousseau y fiel intérprete de las primitivas enseñanzas del cristianismo, la juventud apasionada de Bilbao soñaba en una era de libertad y de fraternidad de la cual debía ser él su profeta y su apóstol. Y, en tal sentido, es preciso reconocer que el naciente liberalismo chileno le debe a su obra gran parte de los avances que logró realizar en los años 44 y 45, pues aún cuando Bilbao había partido a Europa, quedaba grabado en los corazones de la juventud chilena, el recuerdo de su obra audaz y entusiasta, precursora de futuras cosechas de verdades y heredera directa del racionalismo francés y de los por aquel entonces olvidados avances del pensamiento español que encarnan los Saavedra Fajardo, los Jovellanos y los Feijóo.

(1) ZOROBABEL RODRIGUEZ.—*Francisco Bilbao, su vida y sus doctrinas.*

### III

## La primera obra

Escrita entre los veinte y veintiún años la *Sociabilidad Chilena* da la medida de los estudios emprendidos por Bilbao y de la influencia que ejercieron sobre su espíritu las obras de Cousin y Dupin, de Lamennais y de Vico. Celoso partidario de sus doctrinas, soñaba ver implantadas en su país las reformas que aquellos pensadores aplicaban a los organismos de los viejos estados europeos. *El Contrato Social* del hurano ginebrino, le hacía pensar en las excelencias del derecho primitivo, mientras las lecciones de su maestro muy amado Vicente Fidel López le hablaban muy alto de las disciplinas del derecho positivo y del racionalismo moderado. Su amor por el pueblo, cuya regeneración y libertad constituyeron el eterno desvelo de su vida, le hizo odiar

la tiranía de toda autoridad. "Tenía un odio que le cegaba, el del despotismo,—escribe Lastarria—y por eso trabajaba por la emancipación del hombre en todo sentido, y se irritaba contra toda opresión" (1).

Pero antes de entrar en generalizaciones sobre sus doctrinas, es preciso analizar el estudio *Sociabilidad Chilena* que da la medida exacta de la capacidad de esa juventud ardorosa e indisciplinada. Consta de tres partes: *Introducción, Nuestro pasado y Revolución*.

La primera es una ligera reseña o digresión, escrita en estilo declamativo; una invocación lírica a la vida, a los hombres de fe, a los manes abstractos de la idea. Nada concreto afirma en ella el joven pensador; sólo adivinamos, a través de la maraña verbosa, sus intenciones libertarias, sus buenos propósitos en favor de los oprimidos y de los hombres de fe ardiente. Oírmosle, pues no es cosa fácil analizar y exponer lo que en dicha introducción anuncia, más el poeta que el pensador. Escribe... "¿Habéis escuchado los cánticos sublimes que arrojan los pueblos al marchar a las batallas? ¿Habéis sentido, en presencia de las bellezas de la naturaleza, al oír los cantos del poeta, al ver al hombre íntimo exteriorizado por la pintura, habéis sentido, les diría, esos

(1) Carta de Lastarria. 1866.

embelesos misteriosos, esas agitaciones volcánicas, esos llamamientos divinos hacia una cosa que no sabemos, visible infinita?... Me diréis: habéis sentido esas impresiones, pero fugaces;—las habéis sentido, pero la realidad estaba cerca;—habéis entrevisto el misterio profundo de los cielos, pero la nube pasaba y vuestra vista bajaba hacia la tierra; habéis llorado, pero la carcajada de la indiferencia os volvía a la vida!..." La oratoria aforística de Lamennais había dejado huella muy profunda en la manera abstracta y simbólica de escribir de Bilbao.

Ya en la segunda parte de la *Sociabilidad, Nuestro pasado*, su plan se avanza a comentar y refutar valientemente el tradicionalismo y la religión católica. Sin embargo, su manera vaga, alambicada y aforística, es la misma. "Nuestro pasado es la España.—dice—La España es la Edad Media. La Edad Media, se componía, en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad". Sus ideas no son, ciertamente, originales; mas, es preciso reconocer que su audacia es digna de admiración. En medio de una sociedad profundamente conservadora, tanto en religión como en política, Bilbao aparece inesperadamente: grita contra la oligarquía reinante, cuyos fundamentos descansan sobre la religión y sobre la mentira de un gobierno que no es representativo de la soberanía popular. Es preciso darse cuenta exacta de los ataques hechos por Bilbao a la religión y al clero para

comprender hasta qué punto había de sentirse agitada la sociedad del año 44.

“El sacerdote—escribía—desde el absoluto trono de su confesonario, puede disponer del universo... Sujetemos la lógica de las consecuencias que salen de suyo”. Más adelante agrega: “La iglesia necesita incienso, pompa, candelabros, campanas que asusten, monumentos que aterren, oro, plata, cobre, necesita el sostén del clérigo y de la comunidad que no puede trabajar, sino estudiar para la interpretación; luego el pueblo tiene que dar diezmos y primicias de su trabajo”. ¿Podía afrontarse más descaradamente y abiertamente la cuestión religiosa ante aquella sociedad de tranquilos rebaños cristianos? En seguida, al tratar Bilbao de la esclavitud de la mujer dentro de las instituciones católicas, estampa el siguiente concepto, candente como una rúbrica de fuego, que fué considerado como la mayor blasfemia de aquel escrito subversivo: “Pero el adulterio incesante—dice al comentar la situación desventajosa de la mujer respecto del marido—ese centinela que advierte a las leyes su imperfección, es la protesta contra la mala organización del matrimonio”. Bilbao afirma de este modo su violento y justificado odio contra la situación social de la mujer y consagra en tal frase toda la elevación de su espíritu al considerar, con ruda franqueza, el problema feminista, veinticinco años antes que Stuart Mill echara al mundo su obra

“Subjection of Women”. En ese instante de su vida Bilbao, como pocos jóvenes de su tiempo, soñaba ya con la completa liberación de la mujer: su ideal femenino lo constituía la virgen fuerte de algunos filósofos, de Michelet y Quinet, que, en cierto modo, encarnaba ante los ojos de su espíritu, Jorge Sand. Al referirse a la célebre escritora francesa, decía: “Ahí está esa sacerdotisa que se inmola; pero sus miradas proféticas señalan el crepúsculo de la regeneración del matrimonio”. Desgraciadamente, va corrido más de medio siglo, y el ideal del joven pensador, sólo ahora comienza a realizarse en toda la plenitud de sus sueños.

Estudiando más adelante las relaciones del Estado con la religión analiza los vínculos de la familia y de la sociabilidad mantenidos como lazos indisolubles por el catolicismo. En la familia, el matrimonio fortifica la unidad de la doctrina: su indisolubilidad, las relaciones de padres a hijos, y la procreación, dependen directamente de la Iglesia. A través de los muchos sacramentos que en la vida de los seres van atando como los eslabones de una cadena, las vidas a la de la madre común espiritual, se cimenta la unidad fuerte de sus enseñanzas y de su acción civil sobre la humanidad. La Iglesia preside en el nacimiento y sella los labios de los moribundos con su última voluntad expresada en el sacramento de la extremaunción. De su tutelaje sobre la familia la potestad del catoli-

cismo extiende sus lazos hacia la unidad del Estado en los gobiernos. "El individuo sometido al poder esclavitud del ciudadano—escribe Bilbao—*Obedece a las potestades*, dice Pablo. Hé aquí el principio de que se valió el catolicismo en Roma para atraerse el apoyo de los soberanos y de los poderes constituidos. Así también se explica—agrega—la unión que casi siempre ha habido en el clero y las monarquías católicas. La monarquía es un gobierno de *Tradición* divina o heroica y de privilegio y autoridad; luego, necesita del auxilio de la religión, es decir, del clero que le someta los individuos y evite el análisis, el pensamiento libre, que es el enemigo de toda traición". A su vez el clero necesita de la autoridad terrestre para sus funciones divinas: la persecución de la herejía y la protección de sus intereses privados requieren del auxilio de la fuerza y de la riqueza. "La autoridad es la fuerza—dice Bilbao— y la fuerza es la autoridad. El rey viene de Dios (*Regia gratia Dei*), es su brazo y el Papa su inteligencia divina en la tierra". Ambas autoridades, la temporal y la espiritual, se completan. El mundo es de ellas. "Con que esclavos del gobernador, el gobernador del rey y el rey del Papa. Luego no hay ciudadanos ni pueblos. Hay esclavos y rebaños".

Tal es, a grandes rasgos, la exposición ideológica de sus doctrinas en lo que se relacionan con la religión. La conclusión que de lo anterior se podría deducir sería

la de que la religión católica como función integral del Estado contribuye a afianzar en los gobiernos el poder de la tiranía sobre el pueblo. Y Bilbao, ardiente discípulo de los filósofos del siglo XVIII, amaba por sobre todas las cosas la libertad, la igualdad y la fraternidad, los tres principios de la Revolución Francesa que en sus sueños aplicaba al último rincón de la América libre en los primeros años de su vida independiente.

En la tercera parte del estudio, *Revolución*, reseña largamente las consecuencias del movimiento operado a principios del siglo en las colonias españolas de América. "Nuestro pasado, como hemos dicho,—escribe—ha sido de la Edad Media, es decir, de la España. Nuestra revolución ha salido de la edad nueva, de la Europa. La edad nueva estalló en Francia; eslabonemos, pues, nuestro pensamiento revolucionario con el pensamiento francés de la revolución". Y en esta parte prueba, nueva y suscitadamente, de cómo el sostén de la rutina y de todos los principios contrarios a su movimiento inicial revolucionario en América descansaba sobre la unidad del catolicismo mantenido como religión oficial. Los siervos vivían tranquilos de sus escasas luces, resignados aguardando el premio de sus virtudes después de la muerte en el consuelo que dulcemente les ofrecía la religión. Pero, los libertadores del pensamiento aparecen y, llámense Lutero, Voltaire o Rousseau, hacen que la

duda germine y que la dignidad humana se levanta sobre los escombros de la antigua deidad sacrificada. "Examinar es negar la fe—dice—y es someterse al imperio de su razón individual". Y, en el templo antiguo nace el espíritu nuevo, bate las alas y vuela a través de todas las regiones del pensamiento. En el siglo XVIII, con su luz redentora que hace cruje las cadenas de las prisiones y derriba los altares. "¡Batalla humanitaria que reúne el ruido del ariete que derriba y el crugido horrible de los que se sepulta". De aquella libertad nació también la libertad de la América. Pronto se estableció el contacto y las almas se fundieron en una. "La revolución germinaba entre nosotros y estalló a la señal de la independencia". "Nuestra revolución—agrega Bilbao—fue reflexiva en sus promotores y espontánea en el pueblo". Luego se pregunta, en su ardor revolucionario, cuál fué el punto culminante de esta revolución y el fin obtenido. Y responde: "La libertad del hombre y la igualdad del ciudadano". Desgraciadamente Bilbao no observaba en su ingenuidad de apóstol de la libertad, los resultados inmediatos de la independencia. La revolución no hizo al hombre libre ni igualó sus derechos. Este continuó siendo esclavo bajo una nueva dependencia, la del mandatario criollo que vino a substituir al virrey, al gobernador o al capitán general español. Ciertamente que las constituciones indo-españolas reivindican en teoría todos

los derechos de los ciudadanos, pero, luego la autonomía de estos derechos fué atropellada por los gobiernos republicanos y, como sucedía en Chile, el Presidente era el primer gran interventor en materia electoral. La revolución destruyó nominalmente los privilegios los cuales después se implantaron en otra forma, contribuyendo a mantener la cohesión de una clase privilegiada. Sin embargo, siquiera el súbdito pasó a ser ciudadano amparado por la ley y por el derecho de la libertad. Consumada la independencia, Chile había de atravesar, como sus demás hermanos de América, por análogas vicisitudes: violentas crisis intestinas y conflictos exteriores. Después de 1810 hemos tenido dos gobiernos, el de la tradición republicana y el de la tradición del orden antiguo. Ambos han sido vencedores y vencidos. "O'Higgins quiso organizar los elementos sociales: es decir, relacionar las tradiciones chilenas con las ideas nuevas y con el poder que las llevase a efecto. Pero en semejante obra vió asomar las resistencias y entonces tan sólo quiso organizar el poder y fué déspota. El pueblo, revolucionado en política, protestó y O'Higgins cayó como hombre de organización y como hombre de tradición republicana". Dudó de la soberanía popular y no supo aprovechar los resultados de la revolución. Cae O'Higgins y se alza Freire. Luego viene un nuevo gobierno. Su acción es fuerte y decidida. Los principios de la revolución reviven. La instrucción se

acrecienta. El pensamiento extranjero encuentra campo franco donde echar sus primeros gérmenes. La industria y el comercio se multiplican. "No había mayorazgos ni vinculación que impidiera el libre desarrollo de los fundos, escribe Bilbao. La introducción de libros era libre. No había censura ni censores". Las propiedades que poseían las comunidades de los frailes fueron devueltas a la nación. La Constitución sancionada por los poderes era completa y respondía a las completas aspiraciones del país. Pero hé aquí que el movimiento de reacción se apodera nuevamente del poder. Triunfa la revolución y el país vuelve a su estado antiguo. Las persecuciones comienzan. La educación libre es sofocada al nacer. La restauración trae consigo todos sus arreos antiguos: la persecución, el chisme, el destierro y el templo del imperio religioso. El advenimiento de Bulnes significaba el triunfo de la reacción del pasado. "Bulnes reunía las cualidades que halagan a la plebe y al soldado era güaso y valiente. Tenía entonces en la frente la corona de Yungay". De todo lo cual Bilbao deducía, como conclusiones, las siguientes: Debemos educar y preocuparnos del pueblo. "Eduquémoslos— escribe— en la teoría de la individualidad, del derecho de la igualdad y del honor". Sólo así podrá recibir el óleo de la palabra que anuncia las redenciones futuras. Sobre la libertad y la igualdad social descansen el secreto de la verdadera democracia. "Así como

la duda retrocede ante la conciencia de la existencia del *yo*, así también la duda política y religiosa se detiene a contemplar el grandioso e irresistible espectáculo de la libertad que hemos conquistado filosóficamente y la libertad del individuo como cuerpo y como cosa que piensa."

Tales son en resumen las ideas removidas en el escrito *Sociabilidad Chilena*. Ninguna novedad hay en ellas que hoy pueda prender en los espíritus y fructificar en ardientes entusiasmos como sucedió el año 44. El propio Bilbao, al recordar esta su obra de estudiante, escribía algunos años más tarde: "Este escrito fué una proyección del siglo XVIII lanzada por un alma juvenil". Hé aquí su auto crítica verdadera. Hasta ese entonces si es cierto que Bilbao fué estudiante sólo preocupado de sus libros, es preciso reconocer también que su cultura científica se advierte escasa y poco firme. Barros Arana recuerda que, "no sólo carecía Bilbao de toda noción científica, lo que por lo demás era común a los jóvenes de su generación, como resultado del atraso en que estaba la enseñanza pública, sino que en la variedad de lecturas de literatura o de historia, revelaba una gran inferioridad sobre muchos de aquellos" (1). De lo cual proviene la poca fijeza de sus ideas, el tono sentencioso de su estilo, y el ropaje simbólico con que

(1) BARROS ARANA.—*Un decenio de la Historia de Chile*. Vol. II

reviste hasta las argumentaciones más triviales. El verdadero mérito de la *Sociabilidad Chilena* estaba en el valor francamente heroico con que Bilbao, siendo aún un joven, se atrevía abiertamente a encarar las preocupaciones de su época sobre las cuales descansaban los fundamentos de la sociedad y de la política. No se arredró ante la avalancha de los prejuicios sociales que hubieran podido sepultarle bajo el torbellino desencadenado de su agitación. Su gloria arranca de su audacia. Más que convencer a sus partidarios logró entusiasmarles con aquellos períodos cortantes, lapidarios y solemnes, revestidos de ardientes alegorías y de invocaciones paradójicas. Si en verdad hoy nadie recuerda las doctrinas de la *Sociabilidad Chilena*, en cambio la memoria de Bilbao, apóstol y agitador, es inolvidable, porque antes que sus ideas filosóficas nos agradan sus arrestos de iluminado y sus fieras embestidas contra la tradición secular. Yo me atrevería a calificarle de un precursor ardiente del socialismo en Chile: socialismo que si no es original en él por lo menos encontró en Bilbao un decidido apóstol que lo aplicase a la sociabilidad nacional.

---

## IV

### Tribulaciones, horas de estudio e intimidad en Europa

Poco tiempo permaneció en Chile Bilbao después del apasionado proceso de su escrito *Sociabilidad Chilena*. Durante algunos meses redactó en Valparaíso. *La Gaceta del Comercio* y en Octubre de 1844 abandona las playas chilenas rumbo a Europa, en compañía de don Francisco y de don Manuel Antonio Matta. Llega a París a fines de Febrero de 1845. Los primeros síntomas que anunciaban el derrumbe de la monarquía de Julio comienzan a manifestarse claramente. Se instala en el Barrio Latino, en una pequeña pensión de estudiantes. Conocedor de la lengua francesa, se entrega de lleno al estudio asistiendo a cursos universitarios y a las conferencias de los centros doctos. Su hermano don Manuel recuer-